

**Campo de la comunicación y procesos de mediatización. Reflexiones sobre la formación de los estudios de comunicación en la Argentina, sus derivas y las preguntas sobre su estatuto disciplinar.**

Ricardo Diviani

Docente Epistemología de la Comunicación

Escuela de Comunicación Social. Fac de Ciencia Política y RRII

*Artículo presentado en el Coloquio: Mediatización, sociedad y sentido: aproximaciones comparativas de modelos brasileños y argentinos. Rosario 2010.*

Resumen.

Este trabajo intenta abordar unas series de problemáticas asociadas al estatuto disciplinar de la comunicación atendiendo a dos frentes. Por un lado, busca dialogar con un artículo presentado en un encuentro sobre Epistemología, en el año 2009, por el Profesor José Luis Braga denominado *Disciplina o Campo. El desafío de la consolidación de los estudios en Comunicación* (BRAGA, J L; 2009) en el que se apuesta a la consolidación a partir de algunas reflexiones teóricas y metodológicas que devienen en una propuesta programática. Por otro, repasa las características del proceso de formación histórica de los estudios de la comunicación y sus derivas en Argentina en relación a las singularidades de un campo que suele caracterizarse como difuso y complejo.

Palabras claves: Comunicación – Ciencias sociales - Campo de estudio –

**Field of communication and processes of mediatization. Reflexions on the formation of the studies of communication in Argentina, their development and some questions about their disciplinary status.**

Summary.

This work approaches some problematics associated with the disciplinary status of communication in two different ways. On the one hand, it seeks the dialogue with an article presented at a meeting on epistemology in 2009 by Jose Luis Braga. In the article, called *Disciplina o Campo. El desafío de la consolidación de los estudios en Comunicación* (BRAGA, J L; 2009), Braga started out with some theoretical and

methodological reflections and proposed a program for the consolidation of the field. On the other, it seeks to revise the formation of the studies of communication, their characteristics and their historical development in Argentina. This development is related to the singularities of a field which is usually characterized as diffuse and complex.

Communication - Social Sciences - Field of study

## **Introducción**

Este trabajo intenta abordar unas series de problemáticas asociadas al estatuto disciplinar de la comunicación atendiendo a dos frentes. Por un lado, busca dialogar con un artículo presentado en un encuentro sobre Epistemología, en el año 2009, por el Profesor José Luis Braga denominado *Disciplina o Campo. El desafío de la consolidación de los estudios en Comunicación* (BRAGA, J L; 2009) en el que se apuesta a la consolidación a partir de algunas reflexiones teóricas y metodológicas que devienen en una propuesta programática. Por otro, repasa las características del proceso de formación histórica de los estudios de la comunicación y sus derivas en Argentina en relación a las singularidades de un campo que suele caracterizarse como difuso y complejo.

La pretensión de ubicarse ante estos dos frentes no está libre de riesgos. En primer lugar, el peligro de caer en el reduccionismo y la superficialidad al relacionar aspectos que por su densidad deberían ser trabajados de manera independiente. Segundo, el de confundir niveles de abstracción distintos. Es claro que no es lo mismo reflexionar en relación a una propuesta – la del profesor Braga - que trasciende lo singular y por lo tanto establece orientaciones generales sobre la problemática disciplinar de la comunicación, que detenerse sobre su estatuto en relación a su formación y en un país determinado, en este caso el nuestro. A pesar de estos riesgos, situarnos desde el punto de vista de la historia de los estudios de comunicación en la Argentina nos permite adentrarnos en las disyuntivas en relación a su estatuto como campo disciplinar en el marco de un proceso más general referido a las ciencias sociales y humanas, al tiempo que nos interrogamos sobre sus derivas en una región del planeta en particular.

Sería pertinente aclarar que si ubicamos a la Argentina como un “caso” no es porque consideremos que el mismo funcione como una especie de expresión de un fenómeno más general – en realidad los procesos de conformación de los estudios y su consolidación académica e institucional en America Latina, hasta donde conocemos, han sido muy distintos - sino porque el mismo tiene algunos rasgos que, a los fines práctico de este trabajo, nos resultan relevantes.

Un campo de estudio adquiere un alto grado de legitimidad cuando se transforma en campo académico con sus sistemas de producción de conocimiento científico, sus formas de reproducción y sus titulaciones. Es en este momento que la disciplina construye sus fronteras hacia dentro y hacia fuera, delimitando de modo “performativo” lo que la distingue de las demás. La especificidad del campo de la comunicación, sin embargo, se ha presentado desde el inicio como una dificultad casi imposible de resolver, al encontrarse con la traba de no poder definir de modo positivo sus rasgos identitarios que lo diferencian de las demás disciplinas. De todos modos, algunos aspectos de su historia de formación en el país pueden ayudar a iluminar, quizás de manera tenue, las problemáticas de su presente y las posibles preguntas sobre su consolidación.

Este ensayo se divide y desarrolla a partir de cuatro coordenadas. Primero, una breve introducción sobre la propuesta programática que realiza el profesor Braga para la consolidación de la comunicación que pone en entredicho la dicotomía campo-disciplina. En segundo lugar, la puesta en tensión de esta perspectiva a través de una historización condensada sobre la conformación de las ciencias sociales y sus transformaciones en los años 50 y el modo en que se inscribieron los estudios de comunicación en un contexto determinado. Tercero, una caracterización del proceso de formación de los estudios en Argentina. Por último, el análisis del estatuto de la comunicación en el marco de los procesos de transformación en el propio “sistema de medios” que implica, para utilizar una fórmula “veroniana”, el paso de las sociedades con medios a las *sociedades mediatizadas*.

Obviamente, abordar esta cantidad de temas necesariamente implica que se traten de una forma aproximativa, realizando un trazado general, muy sintético, con reflexiones provisionarias y que están sometidas a la reformulación y revisión crítica. También es

necesario aclarar que algunos de los aspectos trabajados son parte de una investigación más general referida a la formación de los estudios de comunicación en la Argentina entre 1960 y 1976.

### **El problema de la disciplina o el campo.**

El texto de Braga refiere a cuestiones con la que ha tenido que lidiar los estudios de comunicación desde el comienzo. Entre ellas, la discusión siempre candente entre si éstos son - o deberían ser - una disciplina o un campo. Es decir, entre la apuesta a conformar un área claramente delimitada por su objeto y metodología y que, por lo tanto, permita dar cuenta de su especificidad y la de un campo que se presenta a sí mismo como interdisciplinar. Estos dos modelos por separado atentarían, según Braga, contra su consolidación. El primero, sujeto a visiones positivistas, se ve imposibilitado de encontrar herramientas que permitan abordar la complejidad de la problemática de la comunicación de una manera abarcadora; mientras que el otro, permanece indiferente ante la propuesta de consolidación ya que al reconocerse como interdisciplinar acepta el “status quo” tal cuál es. Es más, podríamos pensar a esta última opción como una formulación contradictoria respecto a la comunicación, si aceptamos, como sostiene Follari, que “(...) la interdisciplina supone poner a trabajar juntos a académicos que conozcan adecuadamente la disciplina en que están sistemáticamente formados” (FOLLARI, R; 2001). Por esto, si no está claro o delimitado qué constituye lo comunicacional no sería viable el trabajo interdisciplinario. La idea de Braga es salirse de estas disyuntivas excluyentes que no permiten la consolidación, para adentrarse en un programa que oriente el desarrollo de la investigación de los “fenómenos de la comunicación”. Por el momento no nos detendremos sobre el planteo realizado por el profesor, sino simplemente marcar que, si interpretamos correctamente, el aspecto nodal del mismo es la consideración de que los criterios para que se pueda pensar su especificidad no deberían ser definidos previamente y desde una perspectiva positivista, sino que la misma tendría que ser el resultado de un proceso. Para eso establece una serie de puntos en su programa, entre los cuales se destaca la necesidad de producir una “inversión programática” entre lo que es considerado esencial y secundario por las disciplinas vecinas que se ocupan de los fenómenos sociales desde sus propias perspectivas e intereses. Al ser la comunicación parte de todo proceso social, la

inversión consistiría en considerar a esa dimensión comunicacional como un constituyente central del mismo. A partir de allí, sería posible la formulación de hipótesis heurísticas y no explicativas, es decir, que apunten a abrir líneas de reflexión que más que definir al fenómeno de forma rigurosa, estimulen la generación de nuevas preguntas.

El trabajo de Braga expresa una preocupación genuina por el devenir de los estudios de comunicación y lo hace a través de argumentos y propuestas teóricas, metodológicas y epistemológicas sólidas. Ahora bien, entendemos también que a las consideraciones planteadas por el autor y que expresan un alto grado de abstracción, sería interesante “historizarlas”. Pensar los problemas del campo de la comunicación, su pasado y su futuro, los criterios de especificidad y su consolidación como un proceso que involucra, por decirlo en un lenguaje escolarizado, la importancia de un abordaje epistemológico no sólo “internalista” sino que también que atienda a variables “externalistas”.

### **Ciencias sociales y comunicación: disciplinas, interdisciplinas y transdisciplinas.**

A tal fin, nos parece pertinente volver sobre un informe sumamente interesante de mediados de los años 90, resultado de una serie de deliberaciones entre diferentes académicos bajo la coordinación de Immanuel Wallerstein. Con el título *Abrir las ciencias sociales* (1996), el trabajo, que culmina con una serie de propuestas para avanzar en una reestructuración de las investigaciones, analiza el singular desarrollo de las ciencias sociales desde el siglo XVIII hasta finales del XX. De lo consignado en este informe tomaremos, en especial, el modo en que distingue las diferentes etapas de esta historia.

El primer momento, que va del siglo XIX hasta 1945, se caracteriza por la disciplinarización y la profesionalización de las ciencias sociales, donde fundamentalmente la ciencia política, la sociología y la economía, pero también aquellas no nomotéticas, como historia y antropología lograron un lugar destacado entre las ciencias (naturales) y las humanidades (filosofía y letras). Esto se dio particularmente a partir del afianzamiento de las universidades como ámbitos de producción y reproducción del conocimiento a través de sus estructuras institucionales, creadas fundamentalmente en el siglo XIX y que tuvieron como centro de irradiación

los países de Europa central y los Estados Unidos. Este proceso no respondió sólo a la llamada “evolución” de las ideas que culminó ubicando a las ciencias sociales entre las denominadas “dos culturas”, sino más bien a la búsqueda de una racionalización y organización del cambio social operado a partir de la Revolución Francesa e industrial. “No sólo había espacio para lo que hemos llegado a llamar ciencia social, sino que había una profunda necesidad social de ella” (WALLERSTEIN, I; 2007:11), dice el informe. Todo sabemos el lugar que ocupó el positivismo en esta racionalización y de su carácter disciplinante en un contexto en donde, desde el punto de vista del conocimiento, la “ciencia (newtoniana) había triunfado sobre la filosofía (especulativa)” (WALLERSTEIN: 13).

Hasta 1945 ese campo se fue consolidando bajo el esfuerzo primordial de cada una de las disciplinas para distinguirse de las demás, sobre todo de aquellas que estudiaban también la realidad social, fundamentalmente, la historia. Como dice el informe: “La mayoría de las ciencias sociales nomotéticas acentuaban ante todo lo que las diferenciaba de la disciplina histórica: su interés en llegar a leyes generales que supuestamente gobernaban el comportamiento humano, la disposición a percibir los fenómenos estudiables como casos (y no como individuos), la necesidad de segmentar la realidad humana para analizarla, la posibilidad y deseabilidad de métodos científicos estrictos (como la formación de hipótesis, derivadas de la teoría, para ser probadas con los datos de la realidad por medio de procedimientos estrictos y en lo posible cuantitativos), la preferencia por los datos producidos sistemáticamente (por ejemplo los datos de encuestas) y las observaciones controladas sobre textos recibidos y otros materiales residuales” (WALLERSTEIN, I; 2007:35).

Hasta mediados del siglo XX el proceso fue exitoso y estaban claramente marcados los límites entre las ciencias naturales que estudiaban sistemas no humanos, las ciencias humanas que se ocupaba de la producción cultural y espiritual y las ciencias sociales. “Pero dentro de estas últimas, también estaban deslindadas claramente las pertinencias: entre quienes estudiaban el mundo moderno/civilizado (historia, ciencia política, sociología, economía) y quienes se ocupaban del mundo no civilizado (antropología); dentro del mundo moderno, entre quienes se ocupaban del pasado, la historia, y el presente, las demás ciencias sociales y entre estas últimas, quienes se ocupaban del

mercado (economía), el estado (política) y la sociedad civil (sociología)”  
(WALLERSTEIN, I; 2007:40).

Luego de la Segunda Guerra Mundial se produce un fuerte cuestionamiento no sólo a las líneas divisorias entre las ciencias, sino también al interior de las mismas. Las brechas que separaban cada campo comienzan a desvanecerse y emergen los llamados estudios interdisciplinarios. Ya estamos en otro momento histórico, con la consolidación de EEUU como potencia mundial, el despliegue de la hoy llamada globalización y la aparición de los estudios denominados de “áreas”, referidos a regiones de interés para la política de los Estados Unidos. Estos estudios fueron desde su comienzo multidisciplinar dado la necesidad de investigar, desde ciencias o perspectivas diferentes, “áreas” no demasiado trabajadas o conocidas hasta ese momento.

Si bien no vamos a profundizar sobre estos aspectos, es preciso señalar que esta etapa de transformación supuso, entre otras cosas, la expansión del sistema universitario, la puesta en tensión el modelo newtoniano de ciencia, modificaciones en las estructuras institucionales, etc.

Si nos hemos extendido en lo relatado en el informe Wallerstein es porque consideramos importante indicar que al mismo tiempo que se produce este giro y se pasa del trabajo disciplinar al interdisciplinar, surge un campo de estudio novedoso: la comunicación. Los mismos tendrán diferentes características de acuerdo a las regiones y particularidades disímiles en cuanto a su proceso de institucionalización académica.

Podríamos decir que los estudios de comunicación en la búsqueda de su consolidación se han encontrado por lo menos con dos obstáculos constitutivos del campo muy difíciles de sortear: uno de tipo histórico y otro estructural. Por un lado, es evidente que su aparición en un momento en donde las disciplinas como campos claramente delimitados se diluían ha conspirado contra la posibilidad de lograr mayor autonomía y, por el otro, el propio carácter multifacético del concepto comunicación ha significado una traba para reconocer su especificidad y atentado contra las definiciones claras y unívocas del objeto.

Si la comunicación como afirman los teóricos de la Escuela de Palo Alto – para recurrir a una definición que goza de gran consenso – “incluye todos los procesos a través de los cuales la gente se influye mutuamente” y, por lo tanto, “la matriz en la que se encajan todas las actividades humanas” (BATESON, RUESCH; 1984: 13), es evidente que todo proceso social es al mismo tiempo un proceso de comunicación. Dejando entre paréntesis las cuestiones de la comunicación entre máquinas o entre otros seres biológicos no humanos, es indudable que nos encontramos igual con un concepto sumamente abarcador que atraviesa las diferentes especificidades de las demás ciencias sociales y humanas.

En este sentido, si la comunicación hubiera sido considerada en su momento como un “todo” – recordemos la máxima de Wastzlawick que dice que “es imposible no comunicar” – la conformación de un campo de estudio con cierto grado de institucionalización habría sido imposible. Es decir, si se hubiesen abordado diferentes aspectos de ese “todo” sin algún criterio de especificidad y desde perspectivas teóricas, epistemológicas y metodológicas diversas, el propio concepto de comunicación se habría convertido en un obstáculo insalvable.

Sin embargo este campo de estudio se ha ido desarrollando en los últimos cincuenta años hasta alcanzar una creciente autonomía, aunque todavía se discuta si se trata de una disciplina, una interdisciplina o una transdisciplina y quede mucho que recorrer para su consolidación y legitimación como campo científico de estatus similar a otras disciplinas.

Entonces, si la conformación de una disciplina en el sentido positivista después de los años 50 ya no es el objetivo primordial –no solamente producto de los cambios en los criterios científicos, sino también debido a las transformaciones producidas en el mundo occidental que derivaron en sociedades sumamente complejas- y la interdisciplinariedad no parece ser el modo más adecuado para que el campo se autodenomine – en tanto sigue si resolverse cuáles serían sus aportes específicos al trabajo entre disciplinas - muchos han planteado que se trata de una transdisciplina. Aunque es cierto que en cualquier “fenómeno comunicacional” pueden analizarse diferentes niveles de realidad atravesados por lógicas disímiles, lo que hace necesario pensar más allá y a través de las distintas disciplinas, sigue pendiente la pregunta

esencial: qué dimensión de un fenómeno social es propio del campo de los estudios de la comunicación.

Frente a esta pregunta perturbadora, es muy tentador ceder a las teorías “antidisciplinarias” o a las que ven a los estudios de comunicación como un claro ejemplo de “indisciplina”, o ante aquellas que sostienen que son una forma de “narrativa” para dar por resuelto el problema. Creemos que la insistencia de la pregunta debe aproximar respuestas que, si bien no den una solución definitiva a los interrogantes, puedan de modo positivo trazar algunas líneas de avance. En las últimas décadas la institucionalización académica en América Latina ha ido creciendo por medio de programas de investigación, conformación de maestrías y doctorados, etc. Por esto, sería pertinente que los profesionales e investigadores de la comunicación puedan aportar desde su especificidad a los trabajos interdisciplinarios y transdisciplinarios que marcan una tendencia en la investigación social del nuevo siglo.

En este sentido retomar el análisis de sus orígenes quizás deleve algunas “claves” que permitan pensar el presente e interrogar su futuro. El surgimiento de los estudios de comunicación fue el resultado de un proceso por el cual distintas disciplinas comenzaron a reflexionar sobre una serie de objetos empíricos que le fueron otorgando ciertas marcas de identidad. En este punto, vale aclarar que no se deben confundir los diferentes objetos empíricos abordados de las construcciones de objetos teóricos realizados por las disciplinas vecinas (la antropología, la sociología, la lingüística, etc.).

Si consideramos que la comunicación es una dimensión constituyente de todo fenómeno social, el mayor desafío de los estudios de comunicación consistiría en la posibilidad de avanzar en la búsqueda de su especificidad. En este sentido la propuesta del Profesor Braga resulta por demás de interesante. Pero, al mismo tiempo, nos preguntamos si en este camino no sería pertinente reflexionar también sobre el lugar que tienen determinados objetos empíricos en el campo y su necesaria delimitación.

### **La formación de los estudios en Argentina y sus derivas como campo de estudio.**

En un trabajo anterior afirmábamos: “Es sabido que en Argentina, y en los denominados países periféricos, la producción social del conocimiento muchas veces no responde a

los modelos extranjeros que circulan en el propio ámbito intelectual y académico. En una primera aproximación podríamos decir que ni la teoría de Pierre Bourdieu de los “campos” como entidades autónomas con reglas propias – modelo quizás más aplicable a experiencias europeas que a nuestro país – ni aquellas que plantean que el conocimiento social se desarrolla a partir de las necesidades de la burocracia estatal tendiente a la implementación de políticas sociales (NEIBURG, F ; PLOTKIN, M; 2004) – que fue en gran medida lo que pasó con la *Mass Communication Research* – pareciera explicar de manera acabada las condiciones en que surge este campo de estudio. En realidad, pareciera que en la Argentina se realizó a través de cruces y *mixturas* complejas que mezclaron lo formal y lo informal, lo académico y lo que está por fuera de esas instituciones, lo investigativo y lo ensayístico, lo político y lo científico, las “reglas propias del campo” y otros aspectos que lo trascendieron” (DIVIANI, R: 2010)

En la Argentina, el proceso de formación de los estudios de comunicación ha sido sintomático y se perfiló en base a conglomerados y problemas de índoles disímiles. Si se suele ubicar en los años sesenta la génesis de este campo, es porque en esa época se dan a conocer trabajos que manifiestan una preocupación creciente por temáticas vinculadas a la comunicación social y por todo lo referente a los “novedosos” medios masivos, sus productos y las particularidades de esa emergente cultura de masas. En este sentido, algunos ensayos, investigaciones y autores hoy son considerados emblemáticos y parte fundamental de la constitución de este campo. Quizás la figura más sobresaliente es la de Eliseo Verón, quien se ha ganado un lugar renombrado en esa historia. A principios de aquella década, sus trabajos se ocuparon de examinar la conducta en el marco de investigaciones científicas de índole psicosocial, en donde los trastornos neuróticos fueron abordados a través de la matriz comunicativa de la Escuela de Palo Alto. Luego sus producciones se orientaron, ya a fines de los 60, al análisis del discurso, fundamentalmente de la prensa escrita, desde una perspectiva semiológica. De formación sociológica, su posicionamiento teórico se caracterizó por su singularidad ya que, por un lado, adoptó la impronta de la “nueva sociología científica” ligada al grupo modernizador de Gino Germani en lo que hace a la tarea investigativa con base empírica (ejemplo es el estudio Estructuras de conductas y sistemas de comunicación social, realizado entre 1964 y 1969 en el Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos) y a sus recurrentes preocupaciones por las cuestiones metodológicas y, por el otro,

mostró un claro interés por apartarse de los modelos funcionalista de la acción que dominaban las ciencias sociales de esos años. En este sentido, el modelo de análisis veroniano combinó el estructuralismo y la teoría de la comunicación de Bateson, lo que demuestra la irreverencia con la que se adaptaron algunas de estas teorías en Argentina. Articulaciones que le valieron al semiólogo, como el mismo lo ha expresado, algunas críticas como la de su colega Greimas. (VERÓN, E; 1995)

También desde la semiología estructuralista, se destacó la trayectoria de Oscar Masotta y sus trabajos sobre historietas y medios de comunicación, como así también los de Oscar Steimberg que versaron sobre la “literatura dibujada”.

Pero más allá de la impronta estructuralista, existieron destacados analistas que provenían de tradiciones humanísticas, fundamentalmente de la crítica literaria, como Jaime Rest y sus ensayos sobre cultura de masas, arte y tecnología; Héctor Schmucler y sus trabajos sobre cuestiones literarias y Jorge Rivera que abordó el folletín y la gauchesca que van conformando una incipiente línea culturalista.

Es decir, en aquellos años sesenta se produjo un desplazamiento desde las inquietudes literarias o psicosociológicas hacia el interés por ciertos “artefactos” culturales que tuvieron como centro de gravedad los medios masivos y los productos simbólicos denominados populares y de masas. No hay duda de que en la Argentina, la convergencia de un proceso de modernización y renovación cultural, la aparición de un núcleo nuevo de intelectuales de izquierda y la radicalización política constituyeron las condiciones de emergencia de un incipiente campo de estudios de la comunicación.

Para los años setenta, los posicionamientos teóricos y metodológicos que surgieron en la década anterior habían conformado tres líneas claras de investigación y producción que se van a ocupar de problemáticas vinculada a los medios masivos de comunicación y a los productos de la cultura de masas. De hecho, aún hoy es posible identificar esas líneas que representan tendencias de gran predicamento dentro de los estudios de comunicación. Por un lado, encontramos la semiología estructuralista que tuvo su lugar de manifestación en la *Revista LENGUAjes.*, línea de la que se podría sentir deudora en la actualidad la sociosemiótica. Las otras dos tendencias fueron mas bien de tipo culturalista; una de tradición crítica marxista y latinoamericanista que se expresaba en

aquel tiempo a través de la *Revista Comunicación y Cultura* y la otra, de “estirpe” nacional y popular. Dentro de esta última se encolumnaron autores como Aníbal Ford, Eduardo Romano, Jorge Rivera y Heriberto Muraro, en publicaciones como *Los Libros* y la revista *Crisis*. Es decir, desde el vamos y por lo menos durante un tiempo, el terreno de los estudios de comunicación, todavía no institucionalizados en la academia, estuvo en disputa entre dos perspectivas: una más cercana a la de las ciencias nemotécnica (la semiología estructuralista de alguna manera pretendía convertirse en la madre de las ciencias sociales) y otra más ligada a las disciplinas humanísticas, que provenían del análisis y la crítica literaria que con el tiempo se convirtió en análisis y crítica cultural. Es importante destacar este último aspecto, ya que marca el comienzo de una corriente de pensamiento que luego, en los años ochenta, algunos asociarán con los Estudios Culturales<sup>1</sup>. La tradición de los estudios culturales y su carácter flexible e híbrido a la hora de combinar objetos, perspectivas y metodologías, se encuentra en sintonía con una época marcada por la mezcla de disciplinas, al punto de presentarse a sí misma no sólo como interdisciplinar sino incluso como antidisciplinar.

Durante la década del ochenta, pasada ya la dictadura militar y con el auge a nivel global de los Estudios Culturales, los medios de masas pierden centralidad como objeto de análisis y los estudios de comunicación se convierten, en gran parte, en estudios de la cultura. En esta etapa se va a popularizar en la academia el slogan que propone “el paso de los medios a las mediaciones” (BARBERO, J; 1987). Tomando a esta frase como disparador, habría que evaluar no sólo los aspectos positivos que tuvo ese corrimiento, sino también sopesar hasta qué punto esas ganancias para las investigaciones en comunicación supuso algunas pérdidas.

La propia revista *Comunicación y Cultura* publicó en 1982, ya en su exilio en México, un artículo de Héctor Schmucler denominado “La investigación: un proyecto comunicación/cultura”. Allí se reconocía la imposibilidad de tratar por separado estas dos dimensiones, al tiempo que afirmaba el “salto teórico” que esto significaba. Decía Schmucler: “La relación comunicación/cultura es un salto teórico que presupone el peligro de desplazar las fronteras. Pero, justamente, de eso se trata: de establecer nuevos límites, de definir nuevos espacios de contactos, nuevas síntesis. En vez de insistir en

---

<sup>1</sup> Aunque es necesario mencionar la notable distancia que separa los nacientes estudios de la cultura en Argentina de los de estirpe británicos, sobre todo porque la Escuela de Birmingham era casi desconocida en aquella época en esta parte del continente

una especialización reductora, se propone una complejidad que enriquezca. Nada tiene que ver esto con la interdisciplinariedad que, aun con las mejores intenciones, sólo consagra saberes puntuales. Se pretende lo contrario, hacer estallar los frágiles contornos de las disciplinas para que las jerarquías se disuelvan. La comunicación no es todo, pero debe ser hablada desde todas partes” (SCHMUCLER, H; 1997: 151).

Es evidente que, como lo anunciaba Héctor Schmucler, los estudios de comunicación ganaron en densidad y complejidad en un contexto social de grandes transformaciones en todos los ámbitos de la vida occidental pero, al mismo tiempo, perdieron en identidad y solidez al confundirse, hasta el punto de perderse, con disciplinas más antiguas y consolidadas.

No nos suele suceder que más de una vez leemos ensayos e investigaciones producidas desde el campo en dónde resulta casi imposible definir si se trata de un trabajo de antropología, arte, literatura o comunicación? O más aún, la imposibilidad que muchas veces expresan esos trabajos de especificar de modo claro la pertinencia comunicacional?

Sin embargo, es interesante señalar que, a pesar de estos desplazamientos en los estudios de comunicación, una perspectiva que, en general mantuvo una preocupación central por los fenómenos relacionados a los medios y productos mediáticos fue la semiótica. En tanto la semiótica se ocupa de los procesos de producción de sentido, es indudable el lugar destacado que han tenido para ella los medios de comunicación de masas. Ahora bien, en las condiciones actuales de mediatización, resultaría sumamente productivo que esos abordajes pudieran dialogar, por los menos en algunos aspectos, con aquellos de herencia culturalista.

El desafío consistiría, entonces, en asumir que, si bien los estudios de comunicación se desarrollan a partir de perspectivas y teorías provenientes de múltiples disciplinas, y desde ese punto de vista son inter o transdisciplinar, es prioritario ubicar a los medios y de comunicación, en las condiciones actuales, en un lugar de mayor centralidad. En síntesis, se trataría de establecer un diálogo más fructífero y de promover el encuentro entre las líneas de tradición semiótica y las de los estudios culturales.

## **De los medios a los procesos de mediatización. La apuesta a un “diálogo” entre semiótica y estudios culturales.**

Es obvio que esta pretensión de reposicionar a los medios en un lugar preponderante en el campo de la comunicación no aboga por la clausura o el cierre a otras problemáticas. Tanto la comunicación interpersonal o intersubjetiva, la institucional, los fenómenos comunicacionales desarrollados en el marco de procesos socio culturales más amplios, como así también las investigaciones sobre cuestiones epistemológicas, metodológicas y hasta filosóficas corresponden a su área de interés. En la medida que el concepto de comunicación pueda ser construido para abordar determinados aspectos de todo proceso social, los estudios tienen la amplitud y versatilidad suficiente para ocuparse de una gran cantidad de fenómenos aunque, claro está, queda pendiente una demarcación más firme.

Como ya dijimos, los estudios de comunicación aparecieron al mismo tiempo que comenzó a conformarse un sistema de medios masivos que involucró profundas mutaciones en el orden social y cultural a nivel global. En la Argentina, estos estudios presentaron algunas singularidades que lo diferenciaron de aquellos que provenían, por ejemplo, del modelo administrado de la investigación norteamericana. Aunque los artefactos sobre los que se ocuparon, en general, fueron los mismos, las orientaciones teóricas y las demandas a las que respondieron fueron sumamente distintas. Sin embargo, a pesar de estas diferencias, podemos afirmar que, como ha sostenido Eliseo Verón, lo que caracterizó la reflexión sobre los medios en un primer periodo es haberlos interpretado desde una concepción representacional. Es decir, fueron entendidos como instrumentos orientados a la comunicación que funcionaban como espejos, más o menos deformantes, de un “real” exterior a ellos.

Pero a partir de las denominadas “revoluciones tecnológicas” cuyas repercusiones son ostensibles en las últimas décadas se produce un cambio de escala en relación al protagonismo de los medios en la esfera social que lleva a intelectuales y estudiosos a hablar de “sociedades mediatizadas”. “Una sociedad en vía de mediatización es aquella donde el funcionamiento de las instituciones, de las prácticas, de los conflictos, de la cultura, comienza a estructurarse en relación directa con la existencia de los medios”. (VERÓN, E, 2001:15). Estos cambios iluminan y acentúan las debilidades de las

visiones representacionistas al volver insostenible la concepción de los medios como reproductores o “reflejo” del mundo exterior, al que copian de una u otra manera. En realidad, los medios, funcionan como “dispositivos de producción de sentido” (VERÓN, E, 2001:15). Si bien la perspectiva constructivista de la que se desprende esta concepción tiene algunas aristas sobre las que sería conveniente detenerse a pensar, lo que nos interesa aquí, más bien, son los aspectos de tipo sociológico de ese proceso de transformación que va de las sociedades con medios a las sociedades mediatizadas.

Aquí se hace necesario una definición más precisa sobre qué entendemos por medios. Cuando hablamos de “medios”, nos referimos a aquellos soportes inscriptos en determinados modelos sociales que designan un conjunto constituido por una tecnología sumada a las prácticas sociales de producción, recepción y circulación pública de textos en el que no hay un contacto físico cara a cara. En este sentido consideramos que los medios de comunicación que tienen una gran centralidad en las condiciones de la mediatización actual son, la televisión (independientemente de sus pronósticos de defunción), la radio, el cine, los periódicos, revistas y algunos dispositivos que se encuentran dentro de ese gran “metamedio”, que es Internet. Es claro que la convergencia de estos medios “tradicionales”, junto a la telefonía, la informática y el audiovisual, está produciendo de forma acelerada y permanente nuevos interrogantes sobre la construcción del objeto difuso e híbrido de la comunicación en el marco de sistemas más complejos, pero lo dicho no le resta validez a la apuesta por lograr que tengan, independientemente de los abordajes, un lugar más destacado.

Decíamos que en la Argentina, dos líneas han sido las más activas en cuanto a la reflexión dentro del campo de la comunicación, aunque con intereses y posturas diferentes. Si bien es sabido que, por un lado, a la semiótica se la ha acusado de atender muy poco a las dimensiones históricas y sociales y de estar atada a los textos de modo excesivamente formalista, mientras que, por el otro, a los estudios culturales se le ha criticado por su inespecificidad, falta de rigurosidad teórica y sus carencias metodológicas, quizás es menester fomentar los espacios de diálogo y articulación entre ambas perspectivas. No necesariamente de forma programática ni formal, pero sí a partir de hacer confluir estrategias de lectura que en algún punto puedan afectarse, como un intento por superar las “debilidades” que se le adjudican a ambas corrientes. Steimberg, en un artículo del 2000, planteaba algunas coincidencias entre estudios

culturales y semióticos como “espejos invertidos”. En el mismo decía: “La perspectiva semiótica privilegiará entonces la determinación de los efectos de sentido y de sus dispositivos de producción, mientras que la de los estudios culturales intentará el desocultamiento de las relaciones sociales que se articulan con esos sentidos producidos o son definidas por ellos.” (STEIMBERG, O; 2000: 4)

Quizás, estas dos perspectivas no se articulen o complementen, pero sí puedan ser reapropiadas en un futuro de manera menos rígida y “ortodoxa” para trabajar sobre fenómenos comunicacionales centrados en las problemáticas de los medios que, en el marco de las sociedades mediatizadas, han adquirido un alto grado de complejidad y son actores fundamentales en la constitución de la vida social y cultural.

Como dice Steimberg “...tal vez no haya salida a través de la interdisciplinariedad, sino a partir de una particular transdisciplinariedad: no la de una crítica que se niegue a discutir sus límites, sino la de una lectura que parta del reconocimiento de su propia historia, y de su instalación en un Carrefour de época, en el que se cruzan distintos caminos y lenguajes de la investigación” (STEIMBERG, O; 2000)

## **Bibliografía**

BARBERO, J (1987) *De los medios a las mediaciones*, G.Gilli, Barcelona,

BATESON, G, RUESCH, J. (1984) *Comunicación. La matriz social de la Psiquiatría*, Paidós, Barcelona.

BRAGA, J L. (2009) “Disciplina ou Campo?. O desafio da consolidacao dos estudos em Comunicacao”, en I Seminario de Epistemología e pesquisa em comunicacao, UNISINO, Sao Leopoldo, Brasil.

DIVIANI, R (2010) “Ciencias sociales y comunicación de masas. Algunos apuntes sobre la constitución del campo de estudio sobre comunicación en Argentina y sus derivas”, en *Revista Questión*, N° 26, Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de la Plata. ([http://www.perio.unlp.edu.ar/question/files/diviani\\_1\\_ensayos\\_26otono2010.htm](http://www.perio.unlp.edu.ar/question/files/diviani_1_ensayos_26otono2010.htm))

FOLLARI, R, (2001) “Relevo en las ciencias sociales latinoamericanas. Estudios culturales, transdisciplinariedad y multidisciplinariedad” en *Diálogos de la Comunicación* Edición N.63. <http://www.dialogosfelafacs.net/articulos-teo-63RobertoFollari.php> (acceso junio 2010)

NEIBURG F y PLOTKIN M (2004), “Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad argentina” Neiburg F, Plotkin, M, Comp, en *Intelectuales y Experto. La constitución del conocimiento social*

*en Argentina*, Buenos Aires, Paidós.

SCHMUCLER, H; 1997: “La investigación (1982): un proyecto comunicación/cultura” en *Memoria de la comunicación*, E Biblos, Argentina.

STEIMBERG, O; (2000) *Semiótica y estudios culturales*, en Jean Baetens (comp.), *The future of Cultural Studies*, Lonaina, Leuven University Press. (Disponible en [http://www.cedrasteimberg.com.ar/contenido\\_autores/Semiotica%20y%20estudios%20culturales.pdf](http://www.cedrasteimberg.com.ar/contenido_autores/Semiotica%20y%20estudios%20culturales.pdf))

VERÓN, E; (1995) “Prefacio” en *Conducta, estructura y comunicación*, Amorrortu editores, Argentina.

VERÓN, E; (2001) *El cuerpo de las imágenes*, Norma editores, Argentina.

WALLERSTEIN, I; (2007) *Abrir las Ciencias Sociales*, Siglo XXI, México.